

Bases filosóficas del Psicoanálisis

“Bases Filosóficas del Psicoanálisis” was first published in *Gaceta del Fondo de Cultura Económica* en Diciembre de 1955; reprint in: *Revista Psicología*, México, Vol. 1 (No. 2, 1956), pp. 59-66. - The numbers in {brackets} refer to the pages of the reprint in *Revista Psicología*. - **Copyright** © 1956 by Erich Fromm; Copyright © 2004 by The Literary Estate of Erich Fromm, Ursrainer Ring 24, D-72076 Tuebingen, Germany, E-mail: frommfunk[at-symbol]aol.com.

Para iniciar un examen de las bases filosóficas del psicoanálisis, comencemos por señalar que las premisas de Freud eran, por una parte, características del final del siglo pasado: un tipo especial de materialismo que postulaba que todo fenómeno mental o espiritual se arraiga en funciones determinadas del organismo y es causado por éstas, y que en última instancia se puede traducir en procesos químicos. Freud, así mismo, siguió el espíritu de su época al separar completamente la psicología de la filosofía y de la ética, y al abogar por un concepto antropológico del hombre como el que encontramos en el pensamiento económico de la escuela de Manchester, la cual sostenía que el hombre, por su misma naturaleza, era esencialmente competidor, y adquiría un comportamiento social sólo al verse forzado a ello. Un estudio más profundo de Freud, sin embargo, nos demostraría que su actitud hacia el problema de los valores era un tanto contradictoria. Compartía la fe en el poder de la razón y de la verdad, tan característica de los filósofos de la era de la Ilustración, y construyó todas sus teorías curativas alrededor de la idea de que „la verdad se liberará“.

La teoría de Adler surgió como una protesta contra el cuadro antropológico del hombre tan escéptico que tenía Freud. Adler, siendo socialista, no era de la opinión expuesta por Freud, de que el hombre era tan egocéntrico y competidor. Opinaba que sus mismos defectos conducirían a nuevas virtudes, y que el anhelo hacia la armonía social era parte inherente de su naturaleza.

Por otra parte, Jung representaba una reacción contra el lado racionalista y materialista de Freud. Sus conceptos deben entenderse como un retroceso al modo de pensar del romanticismo, mucho más allá que Freud. Sin embargo, es relativista en el campo de la religión, y carece de la fe en la verdad, tan característica de Freud.

Refiriéndome a las premisas filosóficas de mis propios conceptos psicoanalíticos, debo primero mencionar las diferencias entre el modo {60} de pensar materialista de Freud y el mío, señalando la diferencia que existe entre dos tipos de materialismo filosófico. Uno es el materialismo que predominaba en la filosofía y en la medicina del siglo XIX, el materialismo de Bruckner, du Bois, Raymond, y otros más. Dentro de este tipo de materialismo, los fenómenos mentales se explicaban exclusivamente como el resultado de fenómenos fisiológicos que podían localizarse en el organismo. El otro tipo de materialismo es el que fue estudiado filosóficamente por Marx y por Engels, y al cual ellos llamaron materialismo histórico, o materialismo dialéctico. La idea principal de este materialismo era la de que los fenómenos de orden mental y cultural no podían explicarse como resultado de alguna función particular del organismo, o por acción de alguna sustancia química, sino que estaban comprendidos en la actividad desarrollada por la personalidad total, en el campo constituido por la afinidad activa del individuo con el mundo. Basándome en esta clase de filosofía, he intentado encontrar las fuentes más profundas de las pasiones humanas en

la totalidad de la existencia del hombre, de la cual provienen ciertas necesidades que son comunes a todos los hombres, y no en algún origen fisiológico en particular.

¿Cuál es esta condición humana? ¿Cuáles son las condiciones características de la existencia humana?

El hombre, en cuanto se refiere a su cuerpo y funciones fisiológicas, pertenece al reino animal. El funcionamiento del animal lo determinan los instintos, actuaciones específicas que a su vez son determinadas por estructuras neurológicas heredadas. Cuanto más alto se encuentre un animal en la escala del desarrollo más flexibilidad encontraremos en su manera de actuar, o comportamiento, y menos completo será su ajuste estructural al nacer.

Pudiera decirse que el animal lleva a cabo su vida, mediante leyes biológicas de la naturaleza; forma parte de la naturaleza, y nunca la trasciende. No posee una conciencia de orden moral, ni tiene conocimiento de sí mismo, ni de su existencia; no tiene el poder del razonamiento, si es que por razonamiento entendemos la habilidad de penetrar bajo la superficie percibida por los sentidos, y comprender la esencia de las cosas que se encuentra debajo de la superficie; por lo tanto, el animal no posee un concepto de la verdad, aunque puede tener nociones de lo útil.

En cierto momento de la evolución animal, ocurrió un singular acontecimiento; es ésta la última y más importante etapa de la evolución cósmica desde la primera aparición de la materia, seguida de la primera aparición de la vida, y luego la primera aparición de la -existencia animal. Este nuevo acontecimiento consiste en que la actividad deja de ser esencialmente determinada por el instinto. Cuando el animal supera la naturaleza, cuando supera el papel puramente pasivo del ser viviente, cuando se transforma, desde el punto de vista biológico, en el animal más desamparado, *nace el hombre*. En este momento, el animal {61} se ha emancipado de la naturaleza adoptando la postura erguida, el cerebro se ha desarrollado muy por encima del animal más adelantado. Este nacimiento del hombre puede haber durado cientos de miles de años, pero lo que importa es que surgió una nueva especie, la cual trasciende a la naturaleza; que *la vida adquirió el conocimiento de sí misma*.

La conciencia de sí mismo, la razón y la imaginación destrozan la „armonía“ que caracteriza a la vida animal. Su aparición ha convertido al hombre en una anomalía; él forma parte de la naturaleza; está sujeto a sus leyes físicas, imposibilitado para cambiarlas, y, sin embargo, su pena al resto de la naturaleza. El hombre ha sido apartado, y al mismo tiempo sigue formando parte; se encuentra sin hogar, y sin embargo está encadenado al hogar que comparte con todas las criaturas. Lanzado dentro de este mundo en un lugar y a un tiempo accidentales es, a su vez, forzado fuera de él, también accidentalmente. Teniendo con ciencia de sí mismo, se da cuenta de su impotencia, y de las limitaciones de su existencia. Percibe su propio fin: la muerte. Nunca se encuentra libre de la dicotomía de su existencia.; no puede deshacerse de su cuerpo mientras esté vivo, y su cuerpo mismo le obliga a querer vivir.

La razón, que es la bendición del hombre, también es su maldición ; le obliga a enfrentarse eternamente a la tarea de encontrar una solución a una dicotomía que no tiene solución. La existencia humana se define en este sentido de constante e inevitable desequilibrio. La vida del hombre no puede „ser vivida“ con sólo repetir la manera de vivir de su especie; *él mismo* tiene que vivir. El hombre es el único animal que se puede aburrir, que puede sentirse expulsado del paraíso. El hombre es el único animal que considera su propia existencia un problema, al cual tiene que encontrar solución y del cual no puede escapar. No puede regresar a su situación prehumana de armonía con la naturaleza; tiene que seguir desarrollando su razón hasta convertirse en el amo de la naturaleza y de sí mismo. En verdad, la historia bíblica del paraíso expresa la situación con perfecta claridad: el hombre, que vive en el jardín del Edén, en completa armonía con la naturaleza, pero sin ninguna conciencia de sí mismo,

comienza su historia por su primer acto de libertad, que es la desobediencia a un mandato. Concomitantemente, se hace consciente de sí mismo, de su separación, de su infelicidad: es expulsado del paraíso y dos ángeles armados de espadas impiden su regreso.

Cuando nace el hombre--tanto la raza humana como el individuo--es lanzado fuera de una situación definida, tan definida como los instintos, hacia una situación que es indefinida, incierta y expuesta. Existe certeza sólo respecto al pasado, y respecto al futuro sólo hay la certeza de la muerte; ésta, en realidad, es un retorno al pasado, al estado inorgánico de la materia.

El problema de la existencia del hombre es, entonces, en toda la naturaleza, único en su género; pudiera decirse que él ha, caído fuera {62} de la naturaleza, y al mismo tiempo aún se encuentra dentro de ella; él es en parte divino, en parte animal; en parte infinito, en parte finito. *El origen de todas las fuerzas psíquicas que impulsan al hombre, de todas las pasiones, afectos y ansiedades, es la, necesidad de encontrar soluciones siempre nuevas a las contradicciones de su existencia, formas de unión siempre más altas con la naturaleza, con su semejante, y consigo mismo.*

El animal está contento si puede satisfacer sus necesidades :fisiológicas : su hambre, su sed y sus necesidades sexuales. En cuanto el hombre es **también** animal, estas necesidades son asimismo imperiosas, y han de satisfacerse. *Pero en cuanto el hombre es humano, la satisfacción de estas necesidades instintivas no es suficiente para hacerlo feliz; no es ni siquiera suficiente para hacerlo sano. El punto arquimédico del dinamismo específicamente humano se encuentra precisamente en esta singularidad de la situación humana; la comprensión de la psique del hombre debe basarse sobre el análisis de las necesidades del hombre que se derivan de las condiciones de su existencia.*

Cuáles son estas necesidades y pasiones que se derivan de la existencia del hombre?.

La primera necesidad es la de relacionarse con su semejante. El hombre es arrebatado de la unión primordial con la naturaleza, que caracteriza la existencia animal. Disponiendo al mismo tiempo de razón y de imaginación, tiene conciencia de su estado de soledad y de separación; de su desamparo e ignorancia; de lo accidental de su nacimiento y de su muerte. No podría enfrentarse a esta situación ni por un segundo si no pudiera encontrar nuevos lazos con su semejante, para reemplazar los antiguos, que estaban regulados por los instintos. Aun cuando estuvieran satisfechas todas sus necesidades fisiológicas, se daría *cuenta de su estado de, soledad e individuación,, sintiéndolo como una prisión de la cual tendría que escapar a fin de retener su cordura.*

Existen varias maneras de buscar y lograr esta unión. Una de ellas es la de someterse, de convertirse en parte integrante de un poder mayor, ya sea éste una persona, una institución, una idea. Otra es la de dominar, y de esta manera convertir a otra persona u objeto en parte de sí mismo. En ambos casos, el de sumisión y el de dominación, las dos personas pierden su integridad y su individualidad. Existe sólo una pasión que satisface la necesidad del hombre de unirse con el mundo, y de adquirir al mismo tiempo la experiencia de integridad e individualidad, y ésta es el *amor*. El *amor es la unión* con alguna persona, o con algún objeto fuera de sí mismo, *bajo la condición de retener la separación y la integridad del ser propio*. El amor denota siempre una serie de actitudes; las de cuidado, responsividad, respeto y conocimiento.

La segunda necesidad del hombre es la de superarse a sí mismo como criatura pasiva. El hombre es lanzado a este mundo sin su conocimiento, consentimiento o voluntad, y es retirado otra vez de él también sin su consentimiento o voluntad. A este respecto no es diferente {063} del animal o de las plantas. Pero como está dotado de razón y de imaginación, no puede contentarse con el papel pasivo de la criatura, con el papel de los dados que

arroja el cubilete. Está impulsado por el deseo de trascender el papel de la criatura, lo casual y pasivo de su existencia, convirtiéndose en „creador“.

El hombre puede crear la vida. Esta es la milagrosa cualidad que aunque la comparte con todos los seres vivos difiere de éstos en que él es el único que tiene la conciencia de ser creado y creador. El hombre puede crear la vida, o mejor dicho, la mujer puede crear la vida, dando a luz un niño, y cuidando de este niño hasta que ha crecido lo suficiente para cuidar de sus propias necesidades. El hombre -el hombre y la mujer- pueden crear plantando semillas, produciendo objetos materiales, creando el arte, creando ideas, amándose mutuamente. Mediante el acto de la creación, el hombre se supera a sí mismo como criatura, se eleva más allá de la pasividad y de lo accidental de su existencia al campo del propósito y de la libertad. En la necesidad del hombre de trascenderse, se encuentra una de las raíces del amor, así como del arte, de la religión y de la producción material.

Crear presupone actividad y cuidado. Presupone amor hacia lo que se crea. ¿Cómo puede, entonces, resolver el hombre el problema de superarse a sí mismo si no es capaz de crear, si no puede amar?. *Existe otra respuesta a esta necesidad de superación: „si no puedo crear la vida, puedo destruirla“. „El destruir la vida también me hace superarla“.* Por medio del acto de destrucción, el hombre se coloca por encima de la vida; se supera como criatura.

La tercera necesidad básica del hombre es la de arraigarse. ¿Qué queremos decir con esto?.

Como se dijo anteriormente, el nacimiento del hombre como hombre significa que éste se alza sobre su hogar natural, el principio de su separación de sus lazos naturales. Sin embargo, precisamente esta separación es aterradora; si el hombre pierde sus raíces naturales, ¿adónde se encuentra, y quién es?. Estaría solo, sin hogar; sin raíces; no podría soportar el aislamiento y el desamparo que significa esta situación. Se volvería loco.

Para evitar esta situación el hombre puede, ciertamente, permanecer atado por los lazos de la naturaleza, del suelo, de la sangre. Pero si hace esto, está paralizado en el desenvolvimiento de su razón, de su independencia. Está atrapado en lazos incestuosos. La palabra incestuoso se emplea aquí no en su sentido sexual, sino en el sentido emocional de permanecer atado a la madre, a la tierra, por lazos de la sangre y del suelo. Este es, incidentalmente, uno de los errores verdaderos de Freud. Aun cuando él vio la tremenda fuerza de la vinculación a la madre, restó valor a su propio descubrimiento al interpretar esta vinculación de una manera racionalista, tomándola como resultado de anhelos sexuales del niño. Pero este lazo con la madre no es de carácter sexual, sino afectivo; es el deseo de permanecer atado a la protección y a la seguridad que significan la madre, la naturaleza, la sangre y el suelo. Pero el hombre no necesita permanecer ligado a la naturaleza. Puede erguirse sobre este hogar nuevo, un hogar humano. Puede encontrar raíces en la unión fraternal con su semejante, en el amor a la mujer en su razonamiento, en su conciencia.

La cuarta necesidad del hombre es la de tener un sentido de identidad, de poder decir „yo“; de aludirse a sí mismo como él mismo. No tener sentido del „yo“ en realidad equivale a la locura. Puede el hombre tener este sentido de identidad, en un nivel preindividual, identificándose con la tribu, con su clase, con su familia, por medio de la conformidad con la manera de vivir y las ideas de la mayoría. O bien puede, en un nivel más elevado de desarrollo, desplegar su propia individualidad, sus propios poderes humanos, y de esta manera sentirse el verdadero sujeto de sus actos, sus pensamientos, sus sentimientos. Entonces puede realmente decir „yo soy“, sin necesidad de anuencia o aprobación.

Finalmente, existe una última necesidad fundamental: la de tener un cuadro intelectual del mundo. El hecho de que el hombre posee razón e imaginación, conduce no sólo a la necesidad de tener la sensación de su propia identidad sino también a la necesidad de orientarse intelectualmente en el mundo, lo cual puede compararse con nuestra necesidad de orientarnos en el mundo físico,

visual y auditivamente. Esta necesidad de orientación intelectual puede satisfacerse de manera más o menos racional o caprichosa; pero como quiera que asea, el hombre no puede vivir sin algún sistema unificado dentro del cual puede situarse en el universo.

Para resumir: la constitución física del hombre tiene por resultado la obligación de satisfacer el hambre, la sed, la necesidad de dormir y sus necesidades sexuales. Pero aún cuando todas estas necesidades hayan sido satisfechas, él no está satisfecho. Su condición **humana** le crea necesidades que debe satisfacer, so pena de volverse loco. Estas necesidades son las de estar relacionado, de estar arraigado, de crear o de destruir, de tener un marco de orientación intelectual y de tener un sentido de identidad. Debe satisfacer estas necesidades si ha de permanecer sano. Pero existen respuestas mejores y peores a la satisfacción de estas necesidades; la diferencia, entre estas respuestas constituye la diferencia entre la salud mental y la enfermedad; entre la felicidad y la desgracia; la virtud y el vicio. Inútil es decir que los motivos para estas respuestas son inconscientes y constituyen el carácter.

Lo anterior conduce a otra premisa filosófica fundamental sobre la cual está basado mi propio concepto psicoanalítico; o sea, que debemos abandonar la separación entre la psicología y la ética, que es tan característica de la mayor parte de la psicología científica contemporánea, lo mismo que de la de Freud.

La psicología y el psicoanálisis no pueden separarse de la filosofía {65} y de la ética. Vivir significa tener preferencias, y uno de los problemas más importantes de la psicología y de la psicopatología es el problema de cuáles sean los criterios por los que se hacen estas elecciones; cuáles circunstancias conducen a elecciones ventajosas y cuáles a elecciones no ventajosas; cuáles conducen a la salud mental y cuáles a la enfermedad mental. Estos problemas pueden discutirse científicamente sólo si se abandona el punto de vista de que la ciencia no puede ocuparse de los valores.

Yo opino que es posible demostrar que los valores humanistas que son comunes a todas las grandes religiones y filosofías humanistas concuerdan con la naturaleza del hombre y de las necesidades que se derivan de dicha naturaleza. El psicoanálisis puede demostrar, empírica y científicamente, que las normas humanistas de amor, razón y libertad son al mismo tiempo las normas para la integración y para una verdadera salud mental.

Puesto que he hablado del concepto ético humanista sobre el cual baso mis ideas psicoanalíticas, debo al menos mencionar otra premisa filosófica básica: ésta es la de que no se puede llegar a comprender al hombre y su desarrollo sin comprender también la estructura de la sociedad en que vive; la sociedad, para poder sobrevivir dentro de su estructura especial, tiene necesidad de encauzar la energía humana de tal modo que el hombre llegue a *querer hacer lo que tiene que hacer* en esa sociedad. La sociedad, a su vez, puede corresponder a las necesidades humanas del hombre; o puede estar en contra de ellas; podemos decir que una sociedad es progresista, según el grado en que ella corresponda a las necesidades reales del hombre; y que una sociedad es destructiva según el grado en que se oponga a esas necesidades, y entonces estará condenada ya sea a perecer, o a transformarse de tal manera que corresponda más adecuadamente a dichas necesidades.

En lo que toca a la sociedad occidental contemporánea, un estudio psicoanalítico de la misma puede contribuir a su comprensión, y yo creo que sin algunas de las limitaciones inherentes en la teoría freudiana ortodoxa. Freud era de la opinión de que toda civilización era contraria a los impulsos básicos del hombre, porque (como lo indicó en su obra *El futuro de una ilusión*) la inclinación natural del hombre tiende a una satisfacción sexual sin restricciones; él creía que toda civilización estaba basada sobre una represión de los apetitos sexuales. Por lo tanto, el hombre tendría que escoger entre la represión productora de la civilización y de las neurosis o satisfacer los instintos sin represión y permanecer salvaje. Yo soy de la opinión que no es necesaria una dicotomía tan fundamental

entre la naturaleza del hombre y la, cultura. Pero también creo que existe una contradicción entre las necesidades congénitas en el hombre, y el capitalismo contemporáneo. En nuestra sociedad el hombre se ha convertido en una mercancía. Está alejado de sí mismo, de su semejante y de la naturaleza. Se ha {66} convertido en un esclavo del mecanismo industrial, en lugar de ser su amo. Los medios se han convertido en fines. Los objetos materiales son más importantes que la vida. Y el peligro no está en que nos convirtamos en esclavos, sino en que nos convirtamos en autómatas, incapaces de sentimientos genuinos de amor, de poder emplear un razonamiento crítico. A pesar de una creciente prosperidad material, existe un creciente vacío interior en los hombres, demasiada conformidad, una falta de alegría sincera y del sentimiento de que la vida tenga significado. El peligro actual de que la raza humana se destruya a sí misma, con los nuevos medios de destrucción a su alcance, es sólo uno de los síntomas de una situación que raya en la locura.

Dentro de la revolución global que se está produciendo en nuestra generación, opino que el psicoanálisis puede tener una, función positiva si vuelve de un falso concepto de materialismo a los problemas verdaderos de las condiciones mismas de la existencia humana; de una falsa dicotomía entre la ciencia y los valores, a los valores de la tradición humanista, y de una falsa separación entre la psicología y la sociología, a la conciencia de que la salud mental y la sanidad dependen de la creación de una sociedad sana, de un sistema económico y político que conduzca a la libertad humana, al desarrollo de la vida como único objetivo legítimo de la sociedad.

Copyright © 1956 by Erich Fromm
Copyright © 2004 by The Literary Estate of Erich Fromm
Ursrainer Ring 24, D-72076 Tuebingen, Germany,
E-mail: frommfunk[at-symbol]aol.com.